



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.010

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

MARTES 26 DE MARZO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES.

PUEBLOS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastrillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, taponeras para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallus, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el instrumental es de acero y los precios son extraordinariamente económicos.

De lunes a lunes.

Buena semana la que terminó el último domingo! La comenzamos en medio del mayor desaliento y se lleva nuestra última esperanza de que sea encontrado el «Reina Regente.»

Aquella ansiedad que lo invadía todo y que nos tenía desde el día 13 presos de violenta excitación nerviosa ha pasado ya; pero nos ha dejado el sabor amargo de una desgracia tremenda, tanto más dolorosa cuanto menos esperada.

En general, la pérdida del crucero es una página de duelo para la patria. En particular quien que tenga corazón no ha sentido honda pena al pensar en los cuatrocientos españoles que se han abismado en el mar y en las cuatrocientas familias que quedan sin amparo como no sea el que las depara la divina Providencia?

Los que sucumbieron envueltos en la niebla que impedía que la mirada humana presenciara el tremendo sacrificio; los que en lucha formidable con las olas fueron ven-

cidos, ya no padecen murieron— así hemos de creerlo—sin que en los instantes de su agonía les acompañara una lágrima, una oración, un pensamiento. Las lágrimas han venido después y son tanta las que se han vertido que en ellas pudieran flotar y salvarse el «Reina Regente.»

El naufragio del crucero no se pudo evitar; la fuerza que impulsaba al barco y la voluntad que le imprimía dirección fueron deshechas por el huracán y el oleaje. Pero hay otro naufragio más horrible que aquél: un naufragio en el que las víctimas no han parecido; centenarias familias flotan en el oleaje de la desventura y piden favor al cielo y a la tierra. Dios es misericordioso y se lo dará; los hombres agradecidos deben dárselo también.

Alguien dice que a los naufragos del «Reina Regente» debe considerarse como muertos en campaña. Es verdad; campaña terrible sostuvieron con los elementos antes de perder la vida. Tan terrible fue aquella campaña de breves horas que la mente horrorizada se resiste a reconstruir la escena que debió preceder al momento de la catástrofe. Pensando en ella se le acriban los ojos de lágrimas al hombre de corazón más duro y se sienten en el alma las sensaciones de un horror infinito.

Si el buque pareciera y lo viéramos otra vez en los puertos españoles, la manifestación que se haría a su detención sería delirante; abrazándolos y festejándolos nos desquitaríamos de los malos ratos sufridos. Pues bien; ya que eso es imposible, hágase por ellos lo único que puede serles grato. Sumemos a la gloria que les habrá dado Dios en pago de su martirio, la satisfacción de no ver a sus familias desamparadas.

¡Qué amargo debe ser para los tripulantes del «Reina Regente» ver naufragar a sus familias en un

mar más terrible que el que les arrebató la vida, en el mar de la miseria!

¡Patria, patria! Teje coronas de siemprevivas para los que se hundieron en el mar borrascoso ocultos a toda mirada; pero tiende la mano a los que por consecuencia de aquel naufragio se hallan a punto de perecer a la vista de una sociedad entera.

Aquellos no pudieron recibir auxilio porque nadie los vió en peligro. A éstos todo el mundo los ve y se les puede arrojar el cable de salvación.

Hemos cambiado de política. Si no cambiáramos de empleados, tal suceso sería un accidente de muy relativa importancia.

Por desgracia la crisis en España traen consigo una inundación de cesantías que influye de un modo pavoroso en las familias.

¡Cuánto se ha hablado de la ley de empleados! ¡Cuántas veces se ha pensado en la necesidad de confeccionarla! Por desgracia no existe aun y el empleado público tiembla cada vez que suena la palabra crisis, porque sabe que aquella palabra es anuncio de nube de desdichas que pueden envolverle.

Llegará día en que el empleado estará tranquilo y no se verá envuelto en las contingencias de un cambio de ministerio. ¡Lástima que ese día esté aun lejano!

MARIO.

TIJERETAZOS

Un periódico da cuenta de un caso de suicidio que podemos llamar fin de siglo.

El suicida, se rodó al cuerpo un morellón de dinamita y al propio tiempo que le pegaba fuego a la mecha se disparaba en la sien dos tiros de pistola.

Convengamos en que si el siglo XIX es el siglo de las luces, es también, sal-

vo los respetos debidos al muerto, el siglo de las barbaridades.

La guardia civil de Arcos de la Frontera ha detenido al administrador de Correos y Telégrafos, a un cartero, a un celador y a otro empleado de aquellas oficinas, acusados de haber sustraído pliegos de valores y de levantar los sellos a las cartas para sustituirlos con otros usados.

¡Buenos chicos! Y luego nos extrañamos por que lle gan destripadas a su destino las cartas que contienen billetes.

El Boletín de Cuevas denuncia que el cementerio de aquella ciudad está siendo objeto de una vergonzosa profanación, dejando al descubierto los restos humanos.

Y añade: «Las bestias entran a comerse la hierba que brota en las sepulturas.» Tal vez haya suprimido al sepulture ro el ayuntamiento de Cuevas por economía.

Eso no será administrar pero tampoco es guardar respeto a los que fueron.

En la sucursal del Banco de Málaga ha ingresado un billete de cien pesetas que tiene al dorso escrito lo siguiente:

«En las manos de un ladrón no representará los puntadas, las lágrimas y los sufrimientos que a mí me cuestan.»

Claro. Como que el ladrón no gana el dinero costando ropa.

Si no haciéndolo ojalas en la piel del prógimo y alijerándole de peso el bolsillo.

En Galicia se vende la docena de huevos a dos reales.

Así lo dice un periódico. Lástima que Galicia no esté en San Antón ó en la Fuente Cuba.

Una anciana y una niña, pobramento vestidas, y en cuyos rostros se vea tratada la miseria, encontraron en una calle de Madrid un fajo de billetes de Banco.

Y buscaron a su dueño y le entregaron los billetes sin exigir gratificación alguna.

De lo que el dueño hizo no se sabe. Pero no se mostraría muy rumboso cuando los periódicos nada dicen.

¡Quién sabe si pagaría con su perro chico!

Se dan casos.

NOTAS

Hemos recibido las cuentas del Hospital de Caridad correspondientes a 1894. Tardé en ser repartido, pero ha habido motivo suficiente para ello. La Junta de gobierno ha querido que las cuentas del Hospital fueran publicadas al mismo tiempo que las causadas por la edificación de la nueva iglesia, y eso es todo.

Como las de los años anteriores, las hemos leído con verdadero placer y hemos sentido un movimiento de admiración al ver que apesar del mal estado económico en que la población se halla, se han recogido limosnas bastantes para atender a los gastos del Hospital y matar el déficit que se había ido acumulando en los años anteriores y que importaba en principio de Enero del pasado año 14290 pesetas con 53 céntimos. Los gastos ocurridos en el año de la cuenta importaron 147276 88 pesetas; los ingresos 162.526 58. De modo que deduciendo el déficit apuntado anteriormente quedaba en el balance de 1894 el excedente de 19367 pesetas con 53 céntimos.

En el detalle hay cosas que conmueven. Me des que piden por la salud de sus hijos, a las madres que en los ospillos de la iglesia; hijos que ponen la memoria en sus difuntos padres, al alargar la mano que deja caer la moneda que ha de convertirse en medicina ó alimento para el pobre desvalido que tiene que demandar los cuidados del santo asilo; niños que piden a la Virgen que los haga buenos; jovencitas que imploran por la conservación de sus ilusiones; desposadas a las que la propia ventura no es bastante a hacerles olvidar la agena desdicha.

Leyendo las cuentas del Hospital de Caridad hay que convencerse de una cosa: que no emprende un cartagenero un asunto sin hacer partícipes en los beneficios a los enfermos pobres, y que toda noticia feliz se traduce en una limosna para los desvalidos.

EL HILO DEL DESTINO.

377

dro, por la semejanza que él hallaba a su amiga la pobre Teresa; y como al oír el nombre de Mendoza, que así se llamaban ellos de quienes se trataba, y cómo trató de buscarlos por aquí, y por allí, y nunca alió con ellos, y como al verlo a él, a Julian, la noche anterior en la casa de juego, su semejanza a su padre, su viva representación del amigo que tanto había amado, le hizo de una vez conocer, que no era otro que el hijo de Antonio Mendoza, que quedó huérfano de padre cuando apenas contara dos ó tres años, el que el destino le había enviado; y dió gracias a su buena suerte que le había deparado semejante felicidad.

Y a su vez, Julian le refirió su desgraciada historia, sus amarguras y contratiempos; la ponzoñosa sensación que su vergonzosa posición le había hecho siempre experimentar; los desajustes que siempre había hallado en todas sus empresas; la inutilidad de sus esfuerzos y afanes; su encuentro con el padre de la víctima del padre suyo, y las consecuencias de aquella prueba cruel y de inolvidable impresión. La miseria recorda que consumió la existencia de su madre, la muerte que le siguió y su inmensa desesperación.

Aquí detuvo Julian su historia.

No podía referir más.

La confesión de su depravado modo de vivir, la

378 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

cierta hilación en imaginación, y nada debe extrañar que la apariencia de Julian completara lo de más.

Sin tomar aliento continuó:

—Conoci a sus padres, al desgraciado Antonio, a la vi tuosa Teresa...

—¿Cuándo? ¿Cómo?—esclamó Julian, fuera de sí, y dejándose dominar de la más viva curiosidad, no cuidándose para nada de su primitiva idea y entrando de lleno y por completo en la conversación.

—Los conocí en su juventud, y les profesé la más sincera amistad. Me amaban ambos, Antonio con más extremo, porque juntos nos habíamos educado, bebiendo el saber en las mismas fuentes. Ligados estrechamente, solo la muerte pudo separarnos, y largo tiempo después de haberlo perdido, lloraba aun a mi mejor amigo. Dios lo haya perdonado.

Y Felipe le contó a Julian, mil pruebas de un afecto ejemplar, que no hallara paralelo en la historia de todas las amistades del mundo; le contó que nunca había olvidado a la familia desvalida de su amigo, pero que inútiles habían sido todas sus indagaciones para averiguar su paradero, y le contó, cómo un día, que se halló, hacía pocos meses, en el estudio del pintor Angelis, una mujer llevó un oráculo de venta, y refirió una triste historia sobre los días de él; y como también le hizo efecto el cua-

EL HILO DEL DESTINO.

373

Se dirigió a la hora acostumbrada a la casa de juego, y apenas atravesó el umbral, la mujer comisionada por Felipe, ejecutó su misión.

Expresar la sorpresa de Julian sería difícil, así como la clase de terror que tomó parte en las diversas sensaciones que esta extraña comunicación le inspiraba.

Felipe estaba jugando sus cartas en lo que se proponía hacer, y con la malicia y astucia profunda del misino Satanás.

Subió, pues, Julian la escalera, escitado y dominado por mil sentimientos inesplicables.

Sin titubear entró ya de una vez en la sala principal.

Era temprano y estaba desocupada.

Tuvo, pues, tiempo, ante de la entrada de Molina, para recobrar alguna parte de su serenidad, y cuando este último se presentó, pudo adelantarse a su encuentro, y ser el primero en hablarle.

—Me han dicho, señor, que tenía usted un interés grande en hablarme—dijo el joven sin más preámbulo.

—El mayor—replicó Felipe,—y para probarse lo abandono el juego esta noche, y si usted no tiene inconveniente en hablarme...

—¡Tanto favor!—dijo Julian sin saber qué decir, más aumentada que nunca su curiosidad. Tendrá